

## INFORMACION BIBLIOGRAFICA

### RAFAEL GAMBRA Y LA UNIDAD CATOLICA DE ESPAÑA (1)

por

GABRIEL DE ARMAS

#### I

Los que aun deseamos la unidad religiosa de España porque estimamos, con Pablo VI, que es ella, quiérase o no reconocerlo, un bien poseído, no ignoramos por eso que el hombre no puede creer más que por propia voluntad. Ya San Pablo matizó la fe con la bella expresión de racional obsequio. Desde los inicios de la Iglesia, a través de San Agustín y hasta llegar al Código de Derecho Canónico actual, no existe un solo documento eclesiástico que afirme u ordene lo contrario. Es algo inconcuso, pues, que la religión no debe imponerse por la fuerza. Es más: sabemos que contra la voluntad expresa del padre es ilícito bautizar a una criatura...

Digo todo esto porque los pregoneros de la libertad religiosa a ultranza suelen jugar en sus propagandas, más o menos conscientemente, con el equívoco. Y claro está, este peligroso juego nunca nos ha parecido del todo honesto. Hace sólo unos días, por ejemplo, una eminente personalidad del mundo eclesiástico, como quien descubre el Mediterráneo, afirmaba quizá con vista a la galería: "La fe no puede ser impuesta por la ley." Nosotros tenemos derecho a preguntarnos: pero ¡bueno!, ¿es que alguien, con verdadera autoridad magisterial, ha dicho alguna vez lo contrario? ¿O es que acaso el hecho de conservar nuestra unidad religiosa lleva implícito el imponer nuestra fe a los que no la comparten?

---

(1) Rafael Gambra: *La unidad religiosa y el derrotismo católico*. Estudio sobre el principio religioso de las sociedades históricas y en particular sobre el Catolicismo en la nacionalidad española. Premio Vedruna 1965. Editorial Católica Española, S. A. Conde de Barajas, 15, Sevilla.

No ahora, precisamente ahora, sino en los duros tiempos en que se forjaba, con dolor, la unidad de España en el yunque de un ideal superregional eminentemente religioso, las minorías acatólicas gozaban de un justo respeto a sus creencias. Así, "las comunidades hebraicas o las colonias moriscas que vivían en nuestro suelo —nos dice Rafael Gambra— poseían un "fuero" o carta de libertades concretas que les permitían vivir en paz y libertad interna siempre que no atentaran contra el medio general en que vivían".

Ahora bien; una cosa es que la fe no deba imponerse por ley, y otra bien diferente por cierto es que, constituyendo ella un bien común, el más excelente del acervo nacional, la dejemos sin defensa y protección frente a los ataques adversos. No podemos, no, obligar a nadie a abrazar la fe en que no cree; pero sí, desde luego, debemos constreñir a respetarla, pública y privadamente, en quienes, por la gracia de Dios, la poseen ...

## II

Sin embargo, es tanto y tan contradictorio lo que se ha dicho y se dice, de palabra y por escrito, respecto al tema de la libertad religiosa; y tanto lo que, por otra parte, se desvaría en el terreno de los principios, aun por personas cuyo prestigio suele aducirse como argumento de autoridad, que ha sido posible, aunque parezca mentira, que muchos españoles lleguen a preguntarse con toda buena fe: ¿la defensa de nuestra unidad católica no será, tal vez, un anacronismo? ¿Tendrán aún valor positivo las posturas doctrinales de Balmes, de Menéndez Pelayo, de Vázquez de Mella, de Manjón, de Gomá, de Ramiro de Maeztu, de García Morente, unánimes todos ellos en considerar la conservación de la unidad católica de España como algo constitutivo de nuestra propia nacionalidad? ¿Es que existe, efectivamente, un cambio de mentalidad en la Iglesia y, con él, una variación fundamental en los principios de su doctrina perenne?

A estas preguntas y a otras relacionadas con tan importantes cuestiones viene a contestar, con extensión, hondura y solidez, la obra de Rafael Gambra, "La unidad religiosa y el derrotismo católico", premio Vedruna 1965, publicada recientemente por la Editorial Católica Española, S. A., y bajo los auspicios de la misma.

III

Parte Gamba del estudio de la sociedad humana y sus raíces naturales. El hombre es un ser social, si bien claramente distinto de los animales gregarios. Su individualidad, por consiguiente, no debe ser absorbida, ni amputada, ni menos aniquilada por el grupo. Porque si es cierto que el hombre desarrolla su vida y aptitudes dentro de la colectividad, no lo es menos que debe conservar un sentido y una finalidad propios. Ni el radical individualismo de Rousseau, ni el totalitarismo absorbente, han logrado superar la concepción aristotélica del hombre "animal político", proyectado constitutivamente a vivir en sociedad. La tesis del estagirita, arropada cristianamente por Santo Tomás y por la filosofía escolástica, es punto clave —nos dice Gamba— para el esclarecimiento y comprensión del problema que nos ocupa. Si el hombre es, de un lado, un compuesto de cuerpo, alma y gracia, estando llamado, en consecuencia, al orden sobrenatural, y de otro, la sociedad emerge como eclosión de las misma naturaleza humana, no parece que tenga explicación racional el hecho de que la sociedad, en sí, quiera prescindir del aspecto trascendente de la vida. El hombre está religado con Dios pública y privadamente, individual y socialmente. La sociedad, para Gamba, se afirma, pues, como algo esencialmente religioso.

Ahora bien; ¿qué decir de las bases estructurales del orden social, el Estado y el Derecho? ¿Tendrán ellas también alguna significación religiosa o permanecen en situación de estricta immanencia? Gamba analiza, con rigor científico y crítico, las teorías y sistemas que constituyen ese obligado estamento de una completa Filosofía de la Religión. Y así, tanto la tradición paulino-agustiniana como la tesis tomista, sin olvidar las opiniones de modernos autores como Guardini, Gilson y Max Scheler, son examinados al corte del fino escalpelo de la pluma del filósofo roncalés.

Gamba nos conduce, con admirable acierto, a la conclusión de que el Estado, tanto en su origen como en su fin, lleva en su entraña una relativa significación religiosa. En su origen, porque sus últimas raíces están en Dios, ya que toda potestad deriva de El. En su fin, porque el poder público es un coadyuvante al bien y fin últimos del hombre. De la misma manera cabe argumentar respecto al Derecho: ¿no es acaso él el más bajo escalón del orden jurídico universal, cuyo vivo hontanar se pierde en el seno de la divina ley natural?

Precisa luego Gamba la noción de comunidad. Algo muy superior, desde luego, a la simple coexistencia. Mientras los lazos de ésta son, por regla general, fríos y circunstanciales, la comunidad posee vínculos permanentes derivados de motivaciones religiosas. Por eso, la comunidad se nos presenta esencialmente como deber. Deber frente a este mundo de derechos desorbitados, en pugna unos con otros, que ha creado el imperante individualismo disgregador. La experiencia nos da que sólo el hombre portador de una arraigada convicción religiosa es capaz de sacrificar su interés personal en aras de valores objetivos más altos. Convencer a una mujer, por ejemplo, de que su deber es tener hijos, y a un soldado de que el suyo está en luchar, hasta morir si es preciso, en las trincheras, es algo que solamente puede conseguirse a base de insuflarles heroísmo, escribió poco más o menos, en cierta ocasión, Ramiro de Maeztu. Ahora bien; téngase en cuenta que la razón ontológica del heroísmo está en la fe: el más firme e irrompible vínculo de unión dentro de la comunidad. Confluencia ésta de la sociedad civil y religiosa, el hombre, forzoso miembro de las dos a la vez y sujeto asimismo a la autoridad de ellas, necesita descansar en la perfecta armonía de ambas potestades. Surgen así, con fluir espontáneo, las relaciones de la Iglesia y el Estado en su triple aspecto: autoridad exclusiva de la Iglesia en materias sobrenaturales; autoridad suprema del Estado en los asuntos temporales; mutuo acuerdo de ambas potestades en cuestiones mixtas.

Caso típico de comunidad, transverberada toda ella por un cálido sentido religioso, es España y los pueblos hispánicos. Recordemos, con Eugenio Montes, que la historia de España, en el más ambicioso sentido del vocablo, es historia eclesiástica. Gamba esgrime, en larga cita, el irrefutable testimonio de Menéndez Pelayo, el más fino auscultador de nuestra psicología histórica. Es evidente que cuantos elementos naturales nos caracterizan, más bien parecen converger a la dispersión que a la unidad. Sin embargo, el ideal religioso, además de forjar nuestra unión, nos brindó rutas transidas de ecumenismo. Tales rutas son las que señalan, sin desviación oportunista, ese trascendente sentido de España en la historia universal, tesis que tan brillantemente nos dio a conocer, en su día, el genio historiográfico de García Villada.

Gamba, convertido de momento en filósofo de la historia, nos hace ver y sentir, en apretada síntesis plena de erudición, cómo todos los jalones fundamentales de la zarandeada vida de España están vigorizados por este ideal superregional de contextura trascendente. ¡Ay, el día que lo perdamos! Habremos de sustituirlo entonces, a ejemplo de otros pueblos, por idolillos vanos, donde

la irracionalidad se vierte en ridículo y la humillación humana llega a límites inconcebibles.

Junto al estudio de la doctrina que aún sostiene, con argumentos hasta el presente irrefutados, la tesis de la unidad religiosa, quedan registradas y desmenuzadas por Gamba sus dos modernas antítesis: el ideal de coexistencia y el llamado progresismo católico. Gamba, con implacable dialéctica y pertrechado de textos pontificios, claros y rotundos, responde inconcusamente a todas las objeciones que Maritain ha formulado contra el pensamiento tradicional. Y es curioso constatar, después de leer a Gamba, cómo desde León XIII hasta Pablo VI no existe un solo documento papal que abone cuanto a este respecto ha expuesto el filósofo francés. Gamba, convencido él, conduce suavemente al lector a la convicción de que aún tiene validez —¡ya lo creo!— la defensa de la unidad católica como expresión del deber, por parte de la sociedad y del Estado, de rendir pleitesía a Dios en el único culto que disfruta de la autenticidad de lo divino...

Y del progresismo católico, ¿qué decir? Gamba penetra en sus hondones para descubrirnos admirablemente su raíz histórica y emocional. Tanto el mito del Progreso indefinido, hoy en declive, cuanto el mito de la Revolución, en pleno auge, han considerado a la historia como un turbión avasallador que se impone, al que hay que acatar de modo fatalista. El progresismo católico, alimentado por ambas corrientes, se introduce así, de lleno, en el gran mito de la Historia. ¿A qué luchar contra lo irremediable? Si se equivocó García Morente al afirmar que el hombre es el único ser sobre la tierra que puede ejecutar su propia melodía, el cansancio y la deserción quedan justificados. Ese cansancio de los buenos, de que habló Pío XII... Esa deserción de los buenos, de que habló Pablo VI... Pero es más: si fuera cierto que la Iglesia ha quedado desfasada, inmovilista, como anuncia el progresismo, y que para ponerse al día, con renuncia a todo combate, debería aceptar íntegramente el espíritu revolucionario, ¿qué significado tendría ya el ser sal de la tierra?

Finaliza Gamba su excelente obra con un estudio sobre el caso español, como tributo y esperanza. Llega —dice— hasta nuestro catolicismo “una onda histórica que procede de muy lejos, una herencia santificadora que lo hace —quizá indignamente— acreedor a una consideración especial y atenta”. Palpita en él un germen de expansión y una esperanza, a la vez, para la Iglesia universal. No, claro está, porque actualmente sea perfecto en sí mismo, sino porque lleva en su entraña indudables gérmenes de superación

y perfeccionamiento... Por algo, sí, por algo nos llamó Keyserling reserva moral de Europa.

IV

Con un apotegma de Luis Veuillot queremos poner punto final a este nuestro subjetivo comentario en torno a la obra de Rafael Gamba. Decía el gran periodista francés, tenaz y aguerrido luchador, que la verdad sólo fenece en manos de quienes la abandonan. Suele haber mayor peligro en la omisión de los adictos que vigilan que en la acción directa del enemigo que ataca.

Rafael Gamba no ha querido abandonar en esta hora difícil, cansado y desertor como otros, la gran verdad de la unidad católica de España. Su postura confortadora y paradigmática ha plasmado en esta obra bien concebida, bien pensada, bien escrita y bien elaborada. Un extenso prólogo, excepcional por muchos conceptos, de Juan Vallet de Goytisolo, sírvele de pórtico literario. Ambos, Vallet y Gamba, si merecen nuestra incondicional admiración, son acreedores, sobre todo, de nuestra más rendida gratitud.